CAPITULO XXI.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á ENCONTRAR Á UNA CONOCIDA SUYA.

REDUCIDA por las circunstancias de mi familia á vivir por cierto tiempo en un pueblo corto cuando apenas tenia yo diez y sies años, quiso mi mala suerte hacerme esposa de un hombre con quien jamas me ligaron los vínculos del cariño.

Mi inexperiencia, y no sé que ofuscamiento fatal por parte de mis padres, decidieron este enlace de una manera violenta.

Cuando se tiene diez y seis años, señora, está uno muy lejos de imaginarse que haya en la vida otra cosa que de-

licias y comodidades, especialmente cuando ni un dia solo se ha probado la amargura de un desengaño.

Yo me creí feliz, pero ¡ay! cuanto me engañaba; creí que mi marido iba á sustituir el cariño de mis padres y que podria yo amarlo sin echar de menos los mimos á que estaba acostumbrada.

Muy poco tiempo tardé en perder estas ilusiones y en ver que el matrimonio era para mí una carga insoportable; mi marido cambió desde los primeros dias, y de atento y amable, se convirtió en despóta absoluto, en tirano, en verdugo. No abrigaba en su alma mas pasion que la de los celos; y esta pasion, señora, cuando arraiga en un corazon como el de mi marido, es el infierno mismo.

Hizo aquella muger una pequeña pausa como para tomar aliento, y continuó:

—Debo advertir á usted, señora, porque mi aspecto lo desmiente ya del todo, que yo era hermosísima.

—No lo dudo, dijo Doña Refugio, ni lo dudará quien estudie los rasgos de la fisonomía de usted.

Mi familia hubo de abandonar el lugar donde me casé y quedé sola; sola y á merced de aquel tigre que me habia tocado por suerte.

Sufrí en silencio y lloré, lloré sin cesar; mi marido se encelaba de su sombra, del viento, de la luz, de todo, porque se habia apoderado de él una monomanía feroz, sin mas orígen que mi funesta hermosura.

Así sufrí tres años.

Durante este tiempo, mis ojos se cansaron de llorar, yo no encontraba apoyo en nadie, á nadie veia y mi consuelo era orar; pedia consejo al párroco del lugar, pero siempre me prescribió la prudencia como único recurso.

Relatar á usted las horribles escenas que diariamente tenian lugar y á las que daba orígen esa infernal pasion, seria cansar la atencion de usted, señora, abusar de la bondad con que me escucha.

—La escucho á usted con interes indecible y estoy dispuesta á oir á usted, hasta el fin.

—¡Ay señora! la desgracia tiene un aspecto tan repugnante, que los que son felices no pueden comprender á los que lloran.

—Yo la comprendo á usted, dijo conmovida Doña Refugio, yo tambien he sufrido; continúe usted, se lo suplico.

—Gracias; señora, mil gracias.....

La desconocida se enjugó los ojos y continuó:

—Un dia, un dia de tantos, lloraba yo sola contando con que mi marido no me veria; pero me espiaba y mi llanto fué de pronto interrumpido por un golpe en la cabeza; me creí víctima de algun ataque cerebral; pero su voz, señora, su voz de tormenta resonó en mi estancia.

—Te he estado observando, rugia, y te he visto llorar; te he prohibido que llores y lloras siempre por..... lloras porque amas á alguno, lloras porque eres ingrata, porque me odias; pero me perteneces ¿lo entiendes? ¿y sabes lo que es pertenecerme? es ser mia, es no respirar

sino por mí y no tener ni lágrimas, ni sonrisas sino por mí.

—Pues por tí lloro, exclamé.

—¡Mientes! rugió mi marido, tú no lloras por mí, porque lo tienes todo; pero debes entender que te vigilo, que te espío, que observo lo que haces.

—¡Qué hombre! ¡Dios mio! ¡qué hombre! murmuró doña Refugio.

—Aquel dia acabó por golpearme, continuó la desconocida; vea usted mi frente.

En efecto, en la frente de aquella muger habia una pequeña cicatriz.

—Me estrelló un vaso en la cabeza ¡ay! me hubiera matado!..... Esto pasaba con frecuencia, llegando al grado de no poder dormir ni comer en varios dias y sufriéndolo todo, sin la intervencion de nadie, sin un amigo, sin un pariente, sin el amparo eclesiástico que imploré mil veces en vano, sin el amparo judicial, porque la justicia del pueblo estaba sometida á la voluntad de mi marido.

Sometida, callada y sufriendo siempre, no habia pensado sin embargo en cambiar de género de vida, ni en libertarme de tan horrenda tiranía; pero una mañana, la recuerdo como si hubiese sido hoy, ví un hombre.....

Señora..... en los ojos de aquel hombre leí como un aviso sobrenatural; me pareció qne habia venido al mundo para redimirme, no sé qué de salvador ví en sus ojos; no sé qué de grande y de terrible en su aspecto, y lo ví.....

El leyó tambien en mis ojos tal vez algo como la plegaria de un náufrago.

No fuí dueña de mí misma: le pertenecí.

Yo nunca habia luchado, no sabia luchar; nunca habia amado, no sabia amar; y fanatizada por una creencia fatal, me creí salvada, me pareció que era yo feliz, me sentí fuerte, me sentí con valor..... amaba.

El amor, señora, era para mí un mundo nuevo y en aquel hombre veia algo mas grande que el mundo; se hizo preciso huir..... él lo queria, él lo mandaba y él..... era mi rey..... Obedecí..... era preciso ocultar el fruto de nuestro amor que le pertenecia; me dijo que nos iriamos y lo esperé..... lo esperé, señora, y lo he esperado diez años.

—¿No ha vuelto? preguntó doña Refugio.

—No, señora.

—¿Y el.....

—¿Mi hijo? mi hijo, dijo aquella muger bajando mucho la voz; cometí un crímen.

—¡Cómo!

—Dejé que me lo arrebataran y no me volví loca; supe que me lo habian quitado y seguí viviendo; pregunté por él y no me respondieron.

—¿Y su marido de usted?

—Lo busqué para decírselo, para confesarle mi crímen y que me matara; pero el destino lo alejó de mi lado, y

mis cómplices..... porque el crímen siempre tiene cómplices, pudieron ocultarlo todo, todo, señora, hasta mi hijo.

Me postró la fiebre puerperal, durante la cual murió la muger que se llevó á mi hijo, la única que sabia donde estaba, y lo perdí.

—¿Y su marido de usted?

—Los celos lo hicieron borracho, y en medio de este horrible vicio, jugó y se arruinó, se enfermó y está idiota; vive en una casa de asilo.

—¿Y su familia de usted?

—He sabido despues que mi marido para explicar sus celos, me calumnió..... me calumnió, señora, antes de que hubiera yo sido criminal y logró que mi familia me abandonara; me lloró muerta..... no, muerta seria mejor; me lloró prostituida.

—¿Y no ha vuelto usted á saber nada de su hijo?

—Sí, señora, he sabido de él, lo voy buscando y lo buscaré hasta el fin del mundo, hasta que se me acaben los pies y la tierra; ya aprendí á caminar y camino.

Aquí pareció que la voz de la desconocida se embargaba y que le faltaban las fuerzas, porque dejó caer los brazos como desfallecida.

Doña Refugio la obligó á pasar al comedor que á la sazon estaba solo, pues ya todos los convidados se habian retirado á sus habitaciones.

Pareció á Doña Refugio conveniente dejar sola á la desconocida por unos momentos, los cuales aprovechó en

reunirse con las personas con quienes habia interrumpido su conversacion, con motivo de aquel incidente.

Tanto las dos señoras como los dos caballeros, se habian quedado esperando con impaciencia que Doña Refugio acabara su larga conferencia con aquella desconocida.

—Yo creo que se trata de amores, decia uno de los caballeros.

—En todo ha de sacar usted los amores, objetó una señora.

—Es natural, yo en todo procedo de esa manera: "¿quien es ella?"

—En fin, decia otra de las señoras, Doña Refugio nos va á informar detalladamente de lo que pasa, pues al efecto ha querido quedarse sola con la desconocida, para averiguar hasta los mas insignificantes pormenores.

—De todos modos es bueno que un incidente que toca en lo dramático, haya venido á turbar la monotonía del camino: por mi parte estoy interesadísimo en ese asunto, siquiera porque me dará materia para escribir un artículo de viaje, conteniendo un episodio novelesco.

Aquellas cuatro personas no se ocuparon en todo el tiempo que duró la conferencia, sino en hacer conjeturas sobre el asunto, observando desde lejos los menores movimientos de la desconocida.

Al fin, volvió Doña Refugio.

—Ya viene, dijo uno.

—Ahora sí, todo lo vamos á saber.

—¿Qué es ello? señora Doña Refugio.

—¿Es realmente una muger.....

—¿Es una desgraciada ó una perdida?

—Cuéntenos usted, señora.

—Ahora es cuando entra la parte divertida.

—Si será alguna petardista.

—O alguna espía de los ladrones.

—¡Señores! dijo gravemente Doña Refugio bajando la voz, señal infalible en esta señora de que se trataba de asuntos graves: exijo de ustedes el respeto debido á la desgracia: esa señora está bajo mi proteccion y sus secretos no me pertenecen.

Reinó el silencio en el grupo, en seguida Doña Refugio saludó y regresó al comedor, en donde la esperaba la desconocida, la que como habrá comprendido el lector, no era otra que Salomé la madre de Gabriel.

Apenas se hubo retirado Doña Refugio, una de las señoras exclamó:

—Nos ha dejado con un palmo de narices; ¡vaya usted á ver! tomar tan á pechos la historia de una desconocida, y salirnos ahora con que sus secretos no le pertenecen á Doña Refugio.

—¡Lástima de tiempo! dijo la mas jóven de las señoras; he aguantado mi sueño inútilmente.

—En fin, dijo la otra, es necesario conformarse, no sabemos qué será lo que pueda haber en esto.

—Yo creo que ha resultado..... nada, nada, vale mas esperar porque la curiosidad es una cosa que impacienta.

Y aquellas cuatro personas se despidieron, proponiéndose cada una en su interior averiguar aquel misterio.

CAPITULO XXII.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ Á LOS VIAJEROS EN UNA MALA TARDE.

DOÑA Refugio fué la primera que se levantó al dia siguiente, y solicitó hablar con Cárlos para arreglar la conduccion de Salomé.

Apenas estuvieron levantados los viajeros, comenzó á circular la anécdota de la noche anterior, comentándola cada uno á su manera.

Castaños y Luisita, que movidos por los mismos instintos de curiosidad congeniaban en ese y en otros puntos, y que ademas eran compañeros de viaje, fueron los que tomaron mas á pechos el asunto de la desconocida.

—Algo muy grave debe haber visto doña Refugio en todo esto, decia Castaños, para que se hayan tomado ciertas determinaciones. ¿Si iremos saliendo con que la desconocida misteriosa es pariente de doña Refugio?

—Ya me lo habia sospechado, dijo Luisita, porque de otro modo no se explica la reserva que desde cierto momento emplea doña Refugio en este asunto.

—¿Y dicen que esa muger es bonita?

—He oido decir que tiene un porte distinguido á pesar de la traza con que camina.

—¡Pobre muger!

—Debe ser su historia terrible: algo daria yo por conocerla.

—Lo cual no me parece difícil, supuesto que segun todas las probabilidades, á partir de este momento ya la desconocida pertenece á la familia de doña Refugio.

—Si doña Refugio fuera jóven, exclamó Castaños.

—¿Qué?

—La enamoraba por averiguar lo de la aparecida.

—¿Y cómo se llama esa muger?

—Salomé.

—Hasta el nombre es raro.

—Sobre que le digo á usted que aquí hay una grande historia.

—¿Y adonde la han colocado?

—En el último coche.

—¿Sola?

—No; la han hecho acompañar por la criada de doña Refugio.

—No ha sido mala la fortuna de la aparecida; por lo visto ya se acabaron sus trabajos.

—¡Quien sabe!

La comitiva montaba á la sazon en los carruajes, y algunos momentos despues se ponia en marcha.

Ninguna circunstancia notable hubo en la mañana de ese dia. De entre los ginetes habia algunos mozos de confianza encargados de explorar el camino tomando noticias en algunos lugares y separándose del camino, principalmente en ciertos parages, para explorar las laderas, cuando estas eran monte ó arboledas.

Doña Refugio, que habia notado ya el efecto que Salomé habia causado entre los convidados, se puso de acuerdo con Cárlos á fin de sustraer lo mas posible á Salomé á las miradas indagadoras de los paseantes, de manera que á pesar de haber muchas personas interesadas en averiguar lo que pasaba, no les fué dado ver á Salomé á la hora del almuerzo.

Sentados todos á la mesa, aunque no con las comodidades del dia anterior, solo se esperaba á Cárlos, cuya repentina desaparicion empezaba á causar cierta inquietud.

Al cabo de algunos momentos, que á la hambre de los paseantes parecieron horas, un criado trajo la noticia de que Cárlos vendria despues á la mesa.

—¡Malo! dijo Castaños á su inseparable compañera Luisita.

—Malo ¿por qué?

—Esto es un preliminar que no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque es señal de que alguna novedad ocurre.

La palabra novedad soltada imprudentemente por Castaños pasó de boca en boca, y produjo un murmullo de verdadera alarma.

—Dicen que hay novedad, decia uno.

—¿Qué clase de novedad es esa de que todos hablan? preguntó otro.

—¿Quién dice que hay novedad?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Lo ha de haber dicho Castaños, dijo una señora, quien con esta frase promovió la hilaridad.

—Todo lo ha de hacer Castaños, dijo este. ¿Quién ha dicho que yo soy el autor de esa noticia?

—Todos, gritó uno.

—¡Es natural! Castaños es el hombre de las noticias.

—Pues nada de eso, señores; pueden ustedes tranquilizarse, porque yo no he hablado nada de novedades.

—¡Huecol le dijo Luisita al oido á Castaños, queriendo darle á entender que habia sido imprudente al soltar aquella palabra.

Por poco pusilánimes que fueran los concurrentes, y por poco fundamento que tuvieran los rumores, bastó que circulara la idea de un peligro para que todos los ánimos se sobresaltasen, abultando cada uno segun su fantasía la clase de peligro á que iban á exponerse.

Cárlos, entretanto, hablaba á solas y con cierto misterio con uno de los exploradores.

—Pues me dijeron, decia el explorador, que está el camino malo.

—Bueno, contestaba Cárlos, ya sabemos que á pesar de todas nuestras gestiones no se ha logrado que compongan el camino.

—No, señor amo, queria yo decir..... porque como ya sabe su mercé que no todos los dias son iguales, y que los compadres no tienen hora, porque tan pronto se aparecen por aquí como por allá.....

—¿Y ha habido quien los vea?

—Dicen en el rancho que por allí pasaron esta mañana como unos seis.

—¿Ladrones?

—Pues eso no se sabe; pero yo creeré que sí, pues cuando no; dicen que iban bien montados, y que uno de ellos llevaba chaparreras tagarnas.

—¿No los conocieron?

—Pues á uno dicen que le nombran el Pájaro.

—¿Pero no eran mas que seis?

—Eso es lo que dicen, que vieron seis, señor amo.

—¿Y crees que salgan?

—*Pos*, yo creeré que puede ser, porque si han ido á traer mas gente; pues cuando no hacen la lucha, aunque no sea mas que por saber como quedan.

—Pues mira, haz que los muchachos alisten las armas.

—Está bueno, señor amo; aunque se me figura que de caernos, será al pardear y en aquellos malos pasos que hay cerca de las lomas, como quien baja ya *pa* la hacienda.

—¿En las barrancas?

—Sí, señor; como quien coje así para el potrero.

—En todo caso, procura avisar con tiempo, coloca á los muchachos de modo que nos den tiempo de prepararnos.

Cárlos volvió á la mesa con visible mal humor, y todas las miradas se fijaron en él, en medio del sobresalto general.

—¿Hay algo notable, señor Don Cárlos? dijo uno.

—No, señores; solo he mandado que se tomen algunas precauciones.

—Hombre prevenido, nunca es abatido; dijo una señora grande.

—Se va á lucir Castaños, dijo un jóven picado por los elogios que le habian hecho á Castaños, con motivo de su destreza como tirador.

—Bien es, agregó un diletante, que *non es lo mesmo morire, que parlare de la morte.*

—Ya se vé, agregó otro pollo, que no es lo mismo la placa que el ladron; porque un huevo en una botella, es lo mas sereno que se conoce en materia de punto en blanco; pero un bandidazo ¡caracoles!

—¡Ay! que miedo! exclamó una polla.

—Yo me quiero volver, dijo otra.

—Yo me muero! dijo una jovencita de grandes ojos y cabello corto y rizado.

—No ha de haber nada, dijo con aplomo Doña Refugio, haciendo resonar su buena voz en el comedor; los ladrones no se atreverán á atacar una caravana tan respetable como la nuestra.

—¿Pero si son doscientos hombres? objetó uno.

—Por estos lugares, dijo un señor que no habia cesado de comer, no hay partidas tan gruesas.

—Sobre todo, agregó el pollo, yendo Castaños con nosotros.....

—Señores, yo no soy valiente, dijo Castaños picándose; uno es que tire tal cual al blanco, y otro es que me crea con la serenidad suficiente en un lance; yo nunca he sido guerrillero ni mucho menos.....

—¡Adios de Castaños!

—¡Pero Castaños, hombre!

—¿Qué es eso, Castaños?

—Ese pollo, murmuró Castaños sentándose, me está cargando desde ayer.

El pollo por su parte estaba diciendo á su adlátere:

—Este Castaños es muy pretensioso, cree que solo él sabe tirar, y si nos pusiéramos ¡quién sabe!

—¿Usted tambien tira, jovencito? le preguntó un señor grave que estaba á su derecha.

—Sí, señor, tiro; que para eso le ha costado á mi papá buenos pesos, y á mí una zurra.

—¿Cómo estuvo eso? le preguntó su compañero.

—Nada, que gasté en el tiro de pistola el dinero de un cobro de mi papá, y me dió mi merecido; pero en cambio aprendí á tirar y saqué el Aguila, hice treinta y una.

—Aquí hay otro tirador, dijo uno.

—¿Quién?

—Santibañez.

—¡Bravo! ya hay un competidor de Castaños.

—Pues con dos Guillermo Tell no hay que tener miedo.

Castaños murmuró:

—¡Me alegro!

Las bromas se sucedieron unas á otras mientras duró el almuerzo; pero en medio de la aparente alegría que reinaba, habia quien sériamente estuviera pensando en que habia que esperar un peligro positivo.

Al tomar de nuevo los carruajes, Cárlos fué entonces, y no doña Refugio, quien ordenó la colocacion de los viajeros, haciendo que ocupasen las señoras el centro del convoy.

Se aumentó el número de los ginetes con otros dos criados que se proporcionaron en aquel lugar, y despues de haber destacado cuatro ginetes como descubierta, los coches emprendieron la marcha.

A poco andar comenzó el terreno á ser mas accidentado y molesto, y la marcha de los carruajes se hacia á cada paso mas y mas lenta y difícil.

De repente se paró el primer coche y tras él todos los

que seguian sucesivamente, trasmitiéndose la alarma de uno á otro.

La mayor parte de los hombres saltaron de los carruajes, Castaños y Santibañez pistola en mano, y los demas buscando por todas partes con ávidas miradas á los ladrones.

—¿Qué hay?

—Ahí están.

—¿Qué ocurre?

—Los ladrones.

—¡Fuego sobre ellos!

—¿Cuántos son?

—¡Jesus, María y José!

Todas estas voces se mezclaron en confusa algarabía y la alarma tomó colosales proporciones entre todos los concurrentes.

CAPILLA ALFONSINA